

Tú me has salvado por piedad, y puesto que no era un beso lo que me prodigabas; puesto que no vuelvo á la vida con mis manos entre las tuyas, y que me dices que no crees una desgracia morir, sino al contrario, un bien, es prueba que todo ha concluido entre nosotros.

¡Pero, Dios mio, en cambio de ese amor que te devuelvo ofré-ceme que no morirás!

Jacobo Merey no sollozaba ni suspiraba: derramaba silenciosas lágrimas, las que bañaban sus mejillas y causaban á Eva una profunda tristeza.

Jacobo llamó; subió un criado.

—Que enciendan la chimenea en la habitacion próxima, dijo, y llevad allí mis baules; la tomo para mí, y esta señora permanecerá en esta.

Cinco minutos despues le avisaron que estaba preparada.

Jacobo Merey salió, y comprendiendo la mirada suplicante que le dirigia Eva, y que le seguia hasta la puerta, la dijo:

—Volveré despues.

Eva respiró.

Pero cuando se cerró la puerta detrás de Jacobo, cuando se encontró sola, Eva alargó el brazo y tomó el vestido que Jacobo habia abierto con el cuchillo para desnudarla más pronto.

En el corpiño de aquel vestido habia ocultado la carta que Merey quiso quemar y que Eva le arrancó de las manos.

Temblaba que se hubiera perdido en los acontecimientos de aquella noche. La buscó ansiosamente entre los pliegues del vestido, del corsé, de la camisa.

De repente lanzó una exclamacion de júbilo: habia encontrado el bienaventurado papel.

Aquella muy amada carta que tantas veces habia leído Jacobo, que tantas veces habia besado y acariciado.

Algunos caractéres se habian borrado por haberse empapado en agua del Sena.

Era un recuerdo más; recuerdo terrible que habia que añadir á los muchos recuerdos que despertaba aquella carta.

X.

El manuscrito.

Cuando se presentó Jacobo, despues de un cuarto de hora de ausencia, habia cambiado de traje y hasta de semblante.

Su rostro estaba triste, anunciando que, si no para siempre, á lo ménos por largo tiempo estaria cubierto por sombrías nubes; pero su fisonomía, que hacia algunas horas indicaba el odio y la amenaza, presentaba el aspecto de melancólica serenidad.

La jóven envolvió á Jacobo en una mirada ansiosa, inquieta; él fué el primero que tomó la palabra.

—Eva, dijo, Eva, vais á escribir á vuestra doncella para que mañana os envíe ropa blanca y vestidos. Yo me encargaré de hacerla llegar á sus manos.

Era la primera vez que la nombraba Eva desde su encuentro en el teatro; así es que la jóven se estremeció: al escuchar las palabras de Jacobo sacudió la cabeza.

—No, dijo, es la segunda vez que me salvais la vida: la primera, la de la inteligencia; la segunda, la del cuerpo; hoy como anteriormente me habeis encontrado desnuda. Deseo que, así ahora como entonces, como hace nueve años, seáis vos quien me vista: os aseguro que no saldrá muy caro. No necesito ropa fina, ni vestidos elegantes.

—¿Pero qué hareis de vuestra casa y de todo lo que encierra?

—Jacobo, vendereis la casa y lo que contiene, y empleareis el producto en buenas obras. ¿Recordais, amigo mio, que habeis dicho muchas veces que si fuérais rico deseariais construir un hospital en

Argenton? Llegó la ocasión, no la dejéis escapar: en vuestras manos está el llevar á cabo vuestro pensamiento.

Jacobo miró á Eva; la jóven sonreía como los ángeles.

—Pues bien, exclamó; apruebo vuestra idea, y desde mañana la pondré en ejecución.

—Jamás me separaré de vuestro lado.

Jacobo hizo un movimiento: Eva sonrió tristemente.

—Jamás, continuó la jóven, saldrá de mi boca una palabra de amor, Jacobo, os lo juro; tan cierto como que me habeis salvado la vida.

Y ya lo veis, ya no os tuteo... mucho me costará... pero lo haré, añadió Eva enjugándose con la sábana las lágrimas que bañaban sus ojos y sus mejillas. No es suficiente el arrepentimiento, es preciso expiar.

—No hagamos promesas ni juramentos eternos. Ya sabéis cuán difíciles son de cumplir.

Eva guardó silencio; aquel reproche de Jacobo la habia cortado la palabra, la habia herido.

Al cabo de un momento repuso con firmeza:

—Jamás me separaré de vos, no siendo que me arrojéis de vuestra casa, Jacobo; ¿es mejor decíroslo así?

Merey no contestó; apoyaba su ardorosa frente sobre los cristales de la ventana para buscar en ellos sin duda un consuelo.

—Sea que permanezcáis en Paris, sea que volváis á Argenton, necesitáis de una persona al lado vuestro. Si algun dia, añadió con tembloroso acento; si algun dia os casáis y vuestra esposa deseara conservarme en su compañía, sería su doncella, su lectora, su amiga, lo que le fuera más agradable y útil.

—Vos, Eva, ¿no sois rica? ¿No os han devuelto todos los bienes que pertenecian á vuestra familia?

—Os equivocáis, Jacobo; nada poseo, puesto que si bien es cierto que me los devolvieron, son para los pobres. Yo deseo vivir con el pan que vos me deis, vestirme con el dinero que deba á vuestra generosidad; en una palabra, depender de vos por completo, mi señor, mi dueño, como dependia en la casita de Argenton, sabien-

do que si en un todo dependo de vos sereis para conmigo más humano, más cariñoso, Jacobo.

—Haremos del palacio de vuestro padre una casa de refugio para los necesitados de la provincia.

—Hareis lo que mejor os parezca, Jacobo; no deseo más que volver al cuartito de nuestra casa de Argenton; no os pido más, nada más. Me enseñareis á cuidar los enfermos, ¿no es cierto? Las mujeres pobres y los niños, ¿verdad?

Si alguna vez reinan fiebres contagiosas y soy una de las atacadas, vos me curareis, vos os ocupareis de mí; quisiera morir en vuestros brazos, Jacobo, porque estoy segura que entonces, cuando mi enfermedad fuera tan grave que no pudiérais salvarme, entonces, antes de morir me abrazaríais y me perdonaríais.

—¡Eva!

—No os hablo de amor, no; ya lo veis, os hablo de la muerte.

En aquel momento dió la hora en el jardin de Tullerías.

Jacobo contó las tres.

—¿Recordareis todo lo que me habeis ofrecido, Eva? preguntó Jacobo con solemne acento.

—Jamás olvidaré ni una sola sílaba.

—¿Recordareis que habeis expresado que hay faltas para rescatar las cuales no bastaba el arrepentimiento, sino que era precisa la expiación?

—Lo recordaré eternamente.

—¿Recordareis que habeis ofrecido ejercer la caridad hasta exponiendo vuestra vida?

—Dos veces he alcanzado con la mano la muerte; nunca la tendré miedo ni huiré de ella.

—Dormid, Eva, pensando en esos juramentos; mañana al despertaros encontrareis sobre vuestro lecho todo lo necesario para que os podáis vestir.

—Jacobo, buenas noches, dijo Eva con dulcísima voz.

Jacobo no la contestó; entró en su cuarto, y cerrando la puerta murmuró:

—¡Es preciso que esto se haga así!

Al día siguiente encontró Eva en una silla al lado de su cama seis camisas de batista y dos peinadores de muselina blanca.

Jacobo había salido muy temprano y había hecho las compras por sí mismo.

Encima de la mesa de noche encontró Eva un bolsillo, que contenía quinientos francos en oro.

Durante toda la mañana no dejaron de llegar costureras, modistas, zapateros, dependientes de tienda con objetos escogidos por Jacobo; pero que presentaban á Eva por si no fueran de su agrado.

A las dos tenía un ajuar completo; pero lo que más satisfacción causó á Eva fué ¡cosa extraña! el bolsillo con dinero, porque era señal de dependencia, y Eva de un modo ó de otro anhelaba pertenecer á Jacobo.

A las dos regresó Jacobo con un poder, en nombre de la señorita Elena de Charelet, para vender y disponer de todos sus bienes, empezando por la casa y muebles de la calle de...

El nombre estaba en blanco.

Eva no tenía más que llenar el blanco y firmar.

No quiso leer; se ruborizó al poner las señas, sonrió al firmar y devolvió con mano trémula á Jacobo el poder.

—¿Qué pensais hacer con vuestra doncella? interrogó Merey.

—Pienso pagarla el mes, darle una gratificación y despedirla, pues á mí no me hace falta.

—¿Cuánto es el mes?

—Quinientos francos en *assignats*; pero generalmente acostumbro darla un luis de oro.

—¿Cómo se llama?

—Artemisa.

—Bien.

Jacobo volvió á salir.

Las señas de la casa de Eva eran calle de la Victoria, núm. 17.

El notario que había hecho la escritura se llamaba el ciudadano Loubou.

Había costado cuatrocientos mil francos en papel, en una épo-

ca en que era ménos despreciado, valiendo los cuatrocientos mil francos en papel, sesenta mil en oro.

Jacobo se presentó inmediatamente en la casa de la calle de la Victoria, haciéndose reconocer como encargado de Eva, por la cual estaba muy inquieta Artemisa, su doncella.

La dió un luis por su salario y dos de gratificación, y la dijo quedaba despedida.

Lo primero que encontró de precioso en un estante fué un manuscrito con este encabezamiento:

«Narracion de todo lo que he pensado, de todo lo que he hecho, de todo lo que me ha sucedido desde que me separé de mi amado Jacobo Merey, escrito y destinado á él si llegamos á volvernos á ver algun dia.»

Jacobo lanzó un suspiro, enjugó una lágrima al leer aquellas palabras y guardó el manuscrito.

De todos los objetos que encerraba la casa, era lo único que no se vendería, pues todo, la casa inclusive, se ponía en venta.

Jacobo Merey mandó á buscar un tasador.

En aquella época en que el lujo volvía con más furor que antes, los objetos de buen gusto aumentaban su valor en lugar de perderlo.

El tasador aconsejó á Jacobo que hiciera ver la casa tal y como se encontraba á los elegantes y ricos, y que la vendiera con todo lo que encerraba.

De todos modos haría, dijo, un cálculo aproximado, que podría entregarle al día siguiente.

Inmediatamente se ocupó de aquel asunto.

Jacobo tomó el manuscrito, lo guardó en su seno, entre su levita abotonada y su chaleco, y escribió á Eva la carta siguiente:

«Eva:

»Como creo que nada teneis que os interese en Paris, es inútil, á mi parecer, que aguardeis aquí la conclusion de algunos asuntos que me detienen en esta capital, de modo que podeis marchar esta tarde por la diligencia de Burdeos para Argenton.

»No sé si Marta vive ó muere: llamad á la puerta; si vive, os abrirá, si ha muerto y nadie os responde, podreis ir á casa del se-

ñor Sergent, notario, calle de la Mariposa, y le enseñareis el párrafo que le concierne, le pedireis la llave de la casa y una mujer para que os sirva.

»Si Sergent ha muerto ó desaparecido de Argenton, llamareis á Bautista y á Antonio para que os abran la puerta.

»Ya en la casa, nada tengo que deciros.

»Como he tomado por mi cuenta todo lo que habeis escogido, nada teneis que gastar; os quedan, pues, los veinte lises que os he dejado esta mañana.

»Esa cantidad es más de lo que necesitais para ir hasta Argenton, á donde no tardaré en ir á reunirme con vos.

»He encontrado vuestro manuscrito y le voy á leer.

»JACOBO MEREY.»

El doctor llamó á un mandadero, le dió un *assignat* de cien francos y le envió con la carta á la fonda de Nantes.

Después volvió á tomar la pluma y escribió á sus arrendatarios. El primero á Rivers.

«Mi querido Rivers:

»Hasta que hagamos nuestras cuentas, que según mi opinión, y salvo que se verifiquen más tarde, asciende vuestra deuda á unos sesenta mil francos, enviadme treinta mil si podeis, dirigidos al Sr. Sergent, notario de Argenton.

»Si esta cantidad os parece demasiado crecida y pudiera causaros algun trastorno su envío, avisádmelo.

»Sabeis que no solo soy vuestro amigo, sino el hombre á quien habeis dado la hospitalidad cuando estaba proscripto, y á quien vuestros hijos, arriesgando su vida, condujeron fuera de Francia.

»Vuestro afectuoso y agradecido,

»JACOBO MEREY.»

A otros dos arrendatarios les escribió también para que le enviaran algunas cantidades, y poco más ó menos en los mismos términos que á Rivers, pero sin las palabras de agradecimiento que prodigaba á este.

Entre todos podia contar con una cantidad de ochenta mil francos, lo que unido al producto de la renta de la casa que habia habitado Eva en la calle de Provenza, bastaria para llevar á cabo sus proyectos.

El tasador, después de examinar todo, tasó la casa en sesenta y cinco mil francos, y lo que contenia en una suma poco más ó menos igual, lo que unido á lo suyo formaria unos doscientos diez mil francos.

Al día siguiente ofreció un resumen exacto de la tasacion.

El mandadero volvió con la respuesta.

No contenia más que estas palabras:

«Parto.

»Gracias.

»EVA.»

Efectivamente, á las cinco partia la diligencia de Burdeos, la cual estacionaba en la calle de Bouloy; habia un buen asiento de berlina para Eva.

No llevaba nada que no proviniera de Jacobo Merey.

No le quedaba más que la memoria, el recuerdo imperecedero del pasado, que no habia podido dejar en las profundidades del Sena.

Al día siguiente al anoecer llegaron á Argenton. La diligencia paró en la fonda de la Posta, y allí bajó Eva con su equipaje.

Tomó un mozo para que llevara el baul, encaminándose á pie hasta la casita del doctor.

Eran las ocho de la noche y caía una lluvia fria y menuda: puertas y ventanas estaban cerradas, y todo sumido en el mayor silencio.

Al dejar Paris, tan ruidoso entonces y tan resplandeciente de luces, el contraste era extraordinario, y Argenton parecia una tumba.

El mozo iba delante con el baul sobre la espalda y un saco en la mano.

Eva caminaba llorando detras.

Aquella oscuridad, aquel silencio, aquella tristeza le oprimían el corazón.

Le parecía que entraba en Argenton con presagios funestos.

Se parecía á todos los seres que tienen el corazón tierno y henchido de fé; son supersticiosos.

Se hizo una pregunta sobre su felicidad, ó sea desgracia futura, pregunta que confió á la casualidad para que la resolviera.

Se dijo:

—Si encuentro á Marta muerta y la casa vacía, seré desgraciada para siempre; si Marta vive, mis desgracias terminarán dentro de algun tiempo.

Y Eva apresuró el paso.

A pesar de la oscuridad de la noche, vió como una masa sombría que se elevaba delante de ella.

Era la casa del doctor, coronada por el laboratorio.

Estaba oscuro, las ventanas cerradas, y ni un rayo de luz se veía por entre las contraventanas.

Eva se detuvo con una mano sobre el corazón y la cabeza inclinada hácia atrás.

El mandadero se volvió porque no oía ya sus pasos.

—Estais cansada, señorita, la dijo, y no hace un tiempo muy agradable para detenerse en el camino; os lo prevengo; es muy fácil coger una enfermedad, una pleuresía.

Lo que detenía á Eva no era el cansancio, era el mundo de recuerdos que evocaba aquella casa.

Cuanto más se acercaba á ella, más sombría, solitaria y triste se le aparecía.

Por fin llegaron á las escaleras que conducían hasta la puerta.

El mandadero dejó el baul en la primera escalera.

—¿Se llama? preguntó el mozo.

Eva recordó que ella llamaba de un modo conocido.

—No, aguardad; yo llamaré.

Al subir las escaleras le temblaban las piernas: al poner la mano en la aldaba la tenía tan fría como el metal del llamador.

Llamó con dos golpes repetidos, y después con otro más prolon-

gado, y esperó. Un buho que tenía su albergue en el granero, situado encima del laboratorio, contestó con un gemido.

—¡Dios, Dios mio! murmuró Eva.

Y llamó segunda vez: el mandadero para ver mejor levantó su linterna.

En aquel momento, atraído el buho por la luz, pasó entre esta y Eva.

La joven sintió sobre su rostro el viento de sus alas.

Arrojó un grito de angustia.

El mozo tuvo miedo y dejó caer la linterna.

La oscuridad era profunda, pero en aquel momento brilló una luz en una ventanita baja y estrecha.

—Me voy á encender mi linterna, dijo el mozo.

—No, no, contestó Eva, quedaos; me parece que oigo algun ruido en la casa y que se acercan: ¿veis la luz?

Efectivamente, se escuchaba el ruido de una puerta que se cerraba, y poco después el pesado paso de una persona que bajaba la escalera lentamente.

Los pasos se acercaban á la puerta. Eva estaba muda y temblorosa, cual si se tratara de su vida ó muerte, y escuchaba con ansiedad procurando adivinar.

—¿Quién es? preguntó una voz cascada.

—Soy yo, Marta, yo, contestó Eva con alegre acento.

—¡Dios mio, la señorita! exclamó la anciana, la que, á pesar de los tres años de ausencia, reconoció la voz de Eva.

La puerta se abrió.

—¿Y el doctor, y mi buen amo? preguntó Marta con inquietud.

—Vive, contestó Eva; está bueno; dentro de algunos dias estará aquí: así me lo ha ofrecido.

—¡Que vuelva! ¡Que lo vea yo antes de morir! dijo Marta; eso es lo único que diariamente le he pedido á Dios; creo que me lo concede.